



LOS CREYENTES Y LA ANGUSTIA SEGÚN LA BIBLIA.

1ª Conferencia del V EFCSM 2010

Ana Pérez

© 2010. Fundación MAIOR

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación MAIOR, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

LOS CREYENTES Y LA ANGUSTIA SEGÚN LA BIBLIA.

El primer capítulo de *Der Christ und die Angst (El Cristiano y la angustia)* de Hans Urs von Balthasar.

Cuando me comentaron la posibilidad de participar en el Encuentro, lo primero que me vino a la cabeza fue la dificultad que se me presentaba ya que, a mi falta de formación en filosofía y teología, se añadía mi sensación de que, el haber pasado cinco años en la facultad de Psicología no había sin embargo aportado nada a mis conocimientos sobre el tema que hoy trataremos. Sin embargo encontré un profundo consuelo, cuando leí el título del primer capítulo: La palabra de Dios y la angustia.

El Padre Balthasar hace un repaso de los pensadores que han abordado este tema: Kierdegaard, Freud, Heidegger; pero ninguna de esas aportaciones llega a explicar de forma total este aspecto tan íntimo del ser humano.

Porque si se quiere abordar este tema desde la teología, como dice Balthasar, **“hemos de volvernos a las fuentes de la Revelación, apartándonos de lo cuestionable que haya en la época y la Humanidad actuales”** ganando así una distancia objetiva.

Ya que si empezásemos este estudio desde la problemática del propio yo (como podría hacerlo la filosofía o psicología); correríamos el riesgo de un subjetivismo, que, ahogado en su propia angustia, nada resolvería.

Por tanto, él, al iniciar su estudio, acude a la fuente de conocimiento que sabe que dará verdadera luz: La Sagrada Escritura.

Ante la Palabra de Dios no es necesario un conocimiento de filosofía ni de teología; ni siquiera hay que tener una gran cultura o gran vocabulario; no hay nada que tranquilice más en este aspecto que descubrir que San Juan no habla de "transfixión" sino que dice que "le traspasaron el corazón con una lanza".

Y es que, la Sagrada Escritura contiene todo aquello que somos; nos revela lo central de nuestra existencia, el modo de ser de Dios y cómo somos nosotros definidos por nuestro Creador.

No hay experiencia humana no contada en la Biblia: todo sentimiento, pecado, alegría...está ya contenido en ella.

Por ello, si me pregunto sobre el porqué de la angustia, qué sentido tiene en mi existencia, no queda otra solución que acudir al lugar cuya tarea es: **"Juzgar los sentimientos y pensamientos del corazón: ninguna criatura queda invisible ante ella; todo está desnudo y descubierto ante los ojos"** (Hb 4, 12-13)

Este quedar "desnudo y descubierto" nos da la seguridad de que se nos "transporta" a un lugar de objetividad, fuera de nuestro propio límite.

La palabra de Dios asume este temor del corazón como condición básica, universal del existir humano abordándolo en toda su crudeza; pero no para abolirlo o enseñarnos un sistema o método para suprimirlo de nuestra vida (como lo intentan algunas filosofías o ideologías actuales) ni mucho menos se recrea en ello o lo fomenta, sino que lo coloca en el sitio que corresponde, con un sentido dentro de nuestra propia vida.

El A.T. describe en múltiples pasajes la angustia que experimenta todo hombre.

En este pasaje se describe muy bien ese **temor universal**: Ecl 9, 4-6 **“mientras uno está vivo tiene esperanza, porque más vale perro vivo que león muerto; pues los vivos saben que han de morir, pero los muertos no saben nada y ya no reciben su salario porque su recuerdo está en el olvido. Sus amores, sus odios, sus envidias, todo ha perecido. Y ellos no tendrán ya parte alguna en todo lo que se hace bajo el sol”**.

Ante esta visión de su vida, el hombre, con esta conciencia de lo limitado y finito de su existencia, debe disfrutar en su "finitud en la infinita luz de Dios".

Dado que parece que el antes y el después de su vida se presentan bajo la oscuridad, **"debe situarse en la luz que le es concedida por Dios en sus días finitos, y en la cual los dones divinos del amor, fe y esperanza, toman cuerpo en el Mesías que vendrá"**.

Por el momento, Dios no permite que el hombre del AT conozca más allá de esta promesa que como tal le exhorta a vivir en el límite de lo no conocido todavía y a asumir, en obediencia, la voluntad de Dios de no enseñarle nada más.

Como si esto de por sí no fuera ya complicado, el hombre del AT vive y conoce un Dios en aparente contradicción: por un lado se presenta con toda su majestad, imponiendo su justicia implacable, que cae como losa sobre los infieles y por otro su celo amoroso infatigable que le lleva a retroceder, e incluso a abajarse, manteniéndose fiel a la Alianza que su pueblo elegido es incapaz de mantener (Ej.: Ezequiel).

Frente a esta angustia universal a la que nos hemos referido se nos presenta una angustia más específica: aquella que es vivida respecto de Dios: vivir cara a Dios, o no.

Sobre cómo vivir de espaldas a Dios (lo que Balthasar llama la **angustia de los malos**) hay poco de nuevo en los hombres de AT. En efecto, en nuestro día a día, es más que conocida y sufrida la angustia generada por nuestro pecado.

Es propio del pecado (bajo cualquiera de sus formas) el arrancar al ser humano de aquello que es su ser más profundo, su ser criatura de Dios.

Al prescindir de aquello que nos define, no queda otra cosa que el tormento, el pánico; la neurosis irrumpe en nuestra existencia, quedándonos aislados y esclavizados.

Caemos en una oscuridad que no nos permite razonar de modo lógico (sólo escuchamos las necesidades del padre de la mentira, el demonio, que consideramos como buenas y razonables).

Dentro de este espacio lúgubre, nos atormenta la mera posibilidad de que entre la luz; nos escondemos de ella, apartándonos por tanto de Aquél que pone al descubierto lo que verdaderamente somos; y al mismo tiempo, este huir de la luz se vuelve una causa de más miedo y angustia. **"Pues la maldad se muestra singularmente cobarde y se condena ella misma; oprimida por la conciencia imagina siempre lo peor"**.

En efecto, el miedo no es más que el abandono de los auxilios de la reflexión; y cuando muere la confianza en el corazón, la propia perplejidad resulta un mal peor que la causa real del tormento (Libro de la Sabiduría).

Aquí encontramos la raíz de gran parte de las neurosis o dolencias psicológicas de nuestro mundo, que derivan en dos actitudes que describe muy bien Balthasar: "Al abandono de esa actitud razonable que pide animosamente ayuda, afuera y arriba, le sigue en seguida el desconocimiento de lo real y la cobardía ante ello, con lo que se produce una **“agitación fugitiva”** -hoy día podríamos llamarlo “huida hacia adelante”- con posturas del tipo “si total, no era para tanto, todo el mundo está igual” y

acabamos justificando nuestro pecado, manipulando y tratando de convertir lo que por principio era impuro, en puro. Entramos así en una vorágine de seguir como sea ya que, si nos paramos un segundo, nos derrumbaríamos ante la situación del sin sentido que nos hemos metido.

Y está, por otro lado, lo que Balthasar describe como **“inmovilidad entumecida”**; es la parálisis en que entramos, caracterizada por pensamientos negativos, derrotistas; donde la pérdida de esperanza nos lleva al descreimiento, a pensar que no hay posibilidad de cambio. Aceptamos así como verdadera una realidad oscura, nos parece que vivir en la presencia de la luz es algo que está reservado sólo a unos cuantos y a nosotros sólo nos queda esperar a que el tormento termine. Creo que escarbando, es esto lo que se encuentra en la raíz de muchas de las depresiones que sufrimos actualmente.

Una vez llegados a este abismo, imbuidos de nuestro pecado, sólo nos queda una alternativa para superar esta angustia, que es **volvernos a poner bajo la luz de la esperanza que tiene la certeza de la bondad de Dios.**

Como describe el Libro de la Sabiduría **"Porque tú amas todo lo que existe, y no odias nada de lo que has hecho. Pues si hubieras odiado algo, no lo habrías creado. Tú lo perdonas todo, porque es tu propiedad, amigo de toda vida". "Dios le regala al hombre la esperanza para ayudarlo a soportar el no ser Dios, a existir dependiente de El". "El abismo de la separación entre el hombre y Dios, más oscuro que la noche de la Creación, ese abismo del pecado, es superado por la esperanza"** nos dice Adrienne von Speyr en *“La Palabra se hace Carne”*.

Esta confianza en Alguien que todo lo puede, y me ama (desde la eternidad) es el movimiento que genera el poder ponerme frente al Creador, en un encuentro personal, tal cual soy, y dejarme iluminar con su verdad.

Acabamos de hablar de la **“angustia de los malos”**; explicamos ahora la **“angustia de los buenos”**.

El hombre veterotestamentario recibió un mandato explícito: la prohibición de sentir y entrar en la angustia. En Isaías **resuena: "No tengas miedo Porque Yo te salvaré"**.

En la Alianza, por la que Dios siempre está con su pueblo, se excluye todo miedo; ya que si éste se diera, pecaría de falta de fe.

Esta ausencia de angustia, este mandato, se circunscribe a una promesa dada a un territorio, a un pueblo escogido por el Señor.

Dt 7, 7-8 **"El Señor se fijó en vosotros y os eligió". . . "Porque el Señor os amó y porque ha querido cumplir el juramento hecho a vuestros padres, os ha sacado de Egipto con mano poderosa y os ha librado de la casa de la esclavitud... Por haber escuchado estos mandamientos, haberlos guardado y puesto en práctica, el Señor tu Dios te amará, te bendecirá..."**

Aquí encontramos todavía límites en cuanto que la promesa de la Alianza no es todavía Redención ni remisión definitiva de los pecados. Dios se presenta como el totalmente Otro, pero no situado en una lejanía, en una esfera ajena al hombre, sino todo lo contrario, cae sobre él hablándole, exigiendo de él una entera fidelidad, el cumplimiento de su mandato.

Este amar extremo, cae sobre el hombre sin miramientos, con un celo devorador por el que el hombre queda desconcertado y es algo así como si Dios se viera obligado, por el temblor angustiado del hombre, a ocultarse más hondamente, tomando la forma humana.

Pero para el hombre la exigencia de fidelidad se convierte al mismo tiempo en fuente de angustia, en su querer ser puro por un lado y su continua experiencia de fracaso y su incapacidad y debilidad por otro. Si no es fiel a Dios tal como le es pedido, será castigado con toda contundencia; tal y como se explica en Dt 28, 15 (maldiciones)

"...Si no obedeces al Señor, tu Dios...el Señor te enviará maldición, el Señor te dispersará entre todos los pueblos y no disfrutarás de paz, ni habrá lugar de reposo para tus pies. El Señor te meterá angustia en el corazón... La vida te será una fatiga, temblarás noche y día, sin poder jamás estar seguro de tu vida..."

Ante este miedo, el hombre justo del AT levanta su súplica a Dios (salmos de súplica), siendo llevado por el Señor desde el extremo de su pánico hasta **"el centro de la esperanza con más conciencia y gratitud"** (salmos de acción de gracias).

Por ej. (Salmos de angustia) Sal 7 **"Yahvé, Dios mío, a ti me acojo"** Sal 28 **"A ti alzo mi voz, Yahvé, roca mía, no enmudezcas; pues si te callas seré igual que los que bajan a la fosa. Sal 102 **"No ocultes de mí tu rostro el día de la angustia; tiende hacia mí tu oído"****

Por ej. (Salmos de acción gracias) Sal 40 **"Escuchó mi clamor. Me sacó de la fosa fatal"** Sal 92 **"Pues con tus hechos, Yahvé me alegras, ante las obras de tus manos grito: qué grandes son tus obras"** Sal 116 **"Me aferraban los lazos de la muerte, me sorprendieron las redes del Sheol; me encontraba triste y angustiado e invoqué el nombre de Yahvé: Socorro, Yahvé, sálvame. Tierno y justo es Yahvé, guarda a los pequeños, estaba postrado y me salvó"**.

Ahora vamos a tratar la angustia que es permitida por Dios, que no proviene del pecado del hombre sino que el mismo Dios le prueba; donde lo central ya no es la causa, esto es, si la angustia es o no merecida por el hombre o si es la voluntad del Todopoderoso, aunque en el momento, el sujeto que lo sufre, difícilmente diferenciaría una cosa de otra. Lo central aquí es **"Y clamaron al Señor en su apuro, y él les liberó de las angustias"**.

El salmo 107 nos narra **"Andaban errantes por el desierto hambrientos y sedientos, su vida se agotaba. ...A su palabra (Dios) desató una tempestad que levantó unas grandes olas: subían a los cielos, bajaban al abismo"**.

El núcleo es que Dios oiga nuestro grito dirigido hacia Él desde el borde opuesto de donde Él se encuentra; para que su Majestad nos devuelva al centro de su Corazón.

El límite entre el A.T y el N.T respecto del hombre probado por Dios, se nos presenta encarnado en Job.

Hombre justo, que, al no ser israelita, se convierte en el arquetipo del hombre de todos los tiempos, todos los pueblos; un hombre que no se encontraba en el círculo del pueblo escogido.

Recordemos: él era un hombre virtuoso, temeroso de Dios, al que un día Dios prueba en su fidelidad y le despoja de todos sus bienes, situándolo frente a sus amigos, quienes, tal como era la enseñanza de la época, al ver a Job en su desgracia, no pueden más que concluir que es culpable de algo abominable y que está recibiendo el justo castigo del Señor.

Hundido, sin esposa, hijos ni casa, entra en un sin sentido en el que trata de defenderse ante sus acusadores declarándose inocente.

Inmerso en su angustia ante la contradicción que vive, Job recorre un camino de dolor que supera todo límite, ya que no sólo es que es acusado por los que le rodean; sino que parece que el mismo Dios le declara culpable, sabiendo él de su inocencia.

Job 9, 19s y 29s. **“Si pienso en tener razón, tu boca me puede condenar; si soy inocente, tu boca me declara culpable: pero soy inocente...Y si soy culpable, ¿para qué fatigarme en vano? Aunque me lave las manos con nieve, aunque purifique mis manos con lejía, tú me hundirás en el fango, hasta que mis propias ropas tengan asco de mí”**

Llega así a la desesperación más absoluta. Job 3 "¿Porqué no me quedé muerto desde el seno materno?". "Como un aborto que no cuenta, sería como los niños que no vieron la luz...". Desea la muerte para hallar consuelo. Pero en un momento, se le devuelve la esperanza de ser salvado: Job 19,25: **"sé que mi defensor está vivo"**.

Él no pierde en ningún momento su conciencia de ser criatura. Es importante destacar este aspecto; el drama de Job culmina en su clamor por un defensor, un abogado que medie entre Dios y él; este mediador no puede ser un hombre ya que reclama un derecho que sólo puede provenir de Dios.

Finalmente es salvado de su angustia por Dios, que premia su "permanecer en el centro"

Y él canta su alabanza en Job 42 **“Reconozco que lo puedes todo; ningún proyecto te es imposible...he hablado maravillas que no alcanzo ni comprendo...Sólo te conocía de oídas, pero ahora en cambio, te han visto mis ojos. Por eso retracto mis palabras y en polvo y ceniza hago penitencia”**

¿Por qué hablábamos antes de los límites del A.T? Porque precisamente en Job se manifiesta una promesa que todavía no es plena, que está reservada sólo para unos cuantos que el Señor ha designado. En el círculo de luz sólo estaba en principio el pueblo escogido por Dios y el clamor por un mediador, que no puede ser humano, ha de estar por encima, no sujeto a nuestras incapacidades. Esto no significa que haya que pasar por alto el A.T por parecernos que no da una respuesta total, sino todo lo contrario, es necesario atravesarlo para llegar a completarlo y culminarlo en el NT

Y es que si hace un momento veíamos la angustia permitida en el A.T en el ejemplo del salmo 107, también vemos su réplica en el N.T en dos escenas muy similares, ambas acaecidas cuando los discípulos estaban en una barca, cada vez más alejados de tierra, presas de un gran temor por el fuerte oleaje. Pero hay una diferencia entre estas dos experiencias: en la primera ocasión, Jesús estaba con ellos, pero dormía en la barca; fue despertado por la angustia de sus amigos y El les reprochó su falta de fe y calmó la tempestad para demostrarles su poder. Es en la segunda ocasión Él se presenta como un fantasma andando por las aguas; causándoles terror ante lo que consideraban un espectro y él les calma: **“Tranquilizaos Soy Yo. No tengáis miedo”**

La diferencia en cualquier caso con el A.T es abismal porque en estos dos últimos casos es el mismo Dios encarnado el que les dirige palabras de alivio.

Se cierra así el abismo de la angustia porque aunque el mismo Dios revelado se presenta como fantasma, y muestra ese rostro irreconocible que tanto le atemorizaba a Job permitiendo así que se desaten todo tipo de miedos, al tiempo es ese mismo Dios quien, desde la súplica de sus elegidos, pronuncia su **"No tengáis miedo"**

Del mismo modo que Job es probado por Dios, en este caso es el Padre quien envía a su Hijo hecho hombre para penetrar y llevar a su máxima expresión aquellos límites que presentaba el AT

Cristo encarna el cumplimiento de la Alianza prometida; Él se convierte en el abogado que nos defiende ante el juicio del Padre y con su muerte rompe las puertas del sheol salvando todo lo que allí se escondía.

Al llegar la luz de la Redención a todos los rincones antes oscuros, alcanzando su luz al mismo infierno, asistimos a la ruptura de otro de los límites del A.T.

El juicio que vivió Job desborda todo limite en el momento en que el Hijo de Dios se somete a la declaración de culpabilidad hecha por los hombres, en obediencia a la voluntad del Padre que cumple su promesa de salvación.

La palabra encarnada sufre toda la atrocidad y el sin sentido del pecado, y lo que es peor, experimenta el abandono del Padre en su súplica; una súplica que parece que cae en el vacío. Asistimos atónitos al hecho más surrealista: Dios es abandonado en el Calvario por Dios mismo. **“Dios mío, Dios mío porque me has abandonado”**.

A partir de este momento, ya jamás podrá decir ningún hombre que Dios vive en su esfera celestial sin que nada tenga que ver con el sufrimiento de la humanidad y cuando vemos tantas catástrofes en nuestro mundo, ya no tiene sentido clamar "¿dónde está Dios en todo esto?"

La respuesta ya se nos ha dado, y de una forma que supera toda expectativa humana. Dios, hecho hombre, ha vivido como uno de nosotros; no hay sufrimiento, debilidad o dolor ajeno a Él.

Por más que nos hiera el orgullo, ni siquiera en esto tenemos el protagonismo, es más, hay un dolor que jamás podremos experimentar debido a nuestra condición humana ya redimida y es que el Hijo, en obediencia amorosa, asumió la ausencia del Padre descendiendo a los infiernos, haciéndose El mismo pecado sin haberlo cometido.

Es la angustia que Dios, en forma humana, padece por su mundo; angustia carente de consuelo; precisamente para convertirla en el consuelo y alivio de todo hombre.

Ante la presencia de la Cruz, revisamos los dos tipos de angustia que vimos antes:

En primer lugar “La angustia de los malos”: me vienen a la cabeza unas palabras de Adrienne von Speyer en *“la Palabra se hace carne”*: “Tampoco las tinieblas del pecado caen fuera del poder de Dios. Es posible que Dios cubra misericordiosamente nuestras tinieblas pecadoras con sus tinieblas aún más grandes, que nos oculte a nosotros mismos nuestras propias tinieblas insoportables. Pues el pecador es tan miserable que perecería si una gracia de Dios no cubriera esa miseria”

Y en segundo lugar **“la angustia de los buenos”**: de igual forma que Dios quiso que la madre del Señor y su discípulo amado estuviesen presentes en el Calvario siendo partícipes de su dolor; también nosotros podemos tener una participación en la Cruz como tarea encomendada por Él, tarea cristiana, que como miembros de su Iglesia veamos las necesidades de todos aquellos que sufren esa agonía representada en la “angustia de los malos”.

Desde esta tarea cristiana, **la angustia a partir de la Cruz es fecunda, y toda la angustia en el mundo resulta fecunda desde ahí, mediante el dolor de los hijos de Dios, sostenidos por los suspiros del Espíritu Santo para el nacimiento en dolor del nuevo mundo** (cfr. Rom 8, 19-27).